

El Darién, un jardín en movimiento que enfrenta al destino

Darien,
a moving garden that
confronts destiny

Darien,
un jardin mouvant qui
affronte le destin

DOI 10.59486/RUWR8137

Ángela Valderrama Díaz

Profesora de planta de la Universidad Pedagógica
Nacional de Colombia

*“Lo cierto es irse. Quedarse es ya la mentira, la construcción,
las paredes que parcelan el espacio sin anularlo.”*

Julio Cortázar.

Estas páginas presentan una experiencia que surge del trabajo de campo desarrollado en el marco del proyecto doctoral que adelanto en la Universidad de Toulouse Jean Jaurès, y analiza las implicaciones éticas en el uso de la narrativa testimonial de la migración en la creación dramática. Adscrito al Doctorado en Artes y Ciencias del Arte, bajo la metodología de investigación creación, este proyecto hace parte del programa TransMigrARTS y busca producir una escritura teatral que evidencie el análisis de las implicaciones éticas del autor de ficción en la dramaturgia surgida del testimonio de migrantes forzados e ilegales, quienes en su ruta migratoria han atravesado fronteras adversas debido a las condiciones geográficas propias del territorio (ríos, mares, desiertos, selva, etc.).

En su desarrollo, se ha adelantado un trabajo de campo en el Darién, frontera Colombia-Panamá; en Ciudad Juárez, frontera México- Estados Unidos y en Granada (España), con el fin de experimentar y aproximarse in situ a la vivencia de los migrantes y poder recoger, en terreno, sus testimonios de tránsito. A continuación, precedida y antecedida por un prólogo y un epílogo reflexivo, se describe la experiencia de campo realizada en junio de 2024, en la selva del Darién Colombiano.

Antes de avanzar en cualquier dirección, cuando las circunstancias dadas son adversas, temerarias, inciertas y proclives a la fatalidad, cuestionamos la posibilidad de permanecer anclados a la tierra húmeda que soporta las raíces y brinda estabilidad, como antaño los pueblos eligieron asentarse en un territorio que determina un límite y una propiedad. ¿Por qué cruzar el mar, franquear una selva o atravesar un desierto cuando todo ello anticipa un riesgo vital propio y compartido con aquellos que acompañan el camino? Recuerdo las líneas de una vieja canción infantil que tararea: yo no soy un bailarín, porque me gusta quedarme, quieto en la tierra y sentir, que mis pies tienen raíz.

La cantante y escritora argentina María Elena Walsh, compuso en 1962 la “Canción del Jardinero” que trata sobre la felicidad de este personaje, símil explícito del cuidador del jardín: estudioso de su oficio, fiel vigía y hábil curandero quien, sobre su cielo de tierra, sueña el olor de una primavera que trae la promesa de un país florecido. A modo de elogio a una vida sosegada, tan deseada en nuestro siglo, vive en armonía con el viento, la dulzura de la miel, con un dios y hasta la tristeza de las flores, pues puede pintarla con su pincel y acompañarla con los sonidos del cascabel.

¿Cuántos anhelamos profundamente el cuidado sosegado del jardín? Sin embargo, el contexto y el azar casi siempre tensan la voluntad humana poniéndola al límite del riesgo, del salto, de la caída que sabemos nuestra. Nuestra por ser efecto de la propia responsabilidad y ante la que muchas veces se espera con esperanza – cual *deus ex machina* – una salvación providencial. Shakespeare afirmaría en Otelo, bajo la voz de un Yago perturbador:

¿Virtud? ¡Una higuera! Ser de tal o cual manera depende de nosotros. Nuestro cuerpo es un jardín y nuestra voluntad, la jardinera. Ya sea plantando ortigas o sembrando lechugas, plantando hisopo y arrancando tomillo, llenándolo de una especie de hierba o de muchas distintas, dejándolo yermo por desidia o cultivándolo con celo, el poder y autoridad para cambiarlo está en la voluntad. (Shakespeare. Otelo. Acto I, Escena III)

En la metáfora del jardín, la acción del personaje que lo cultiva o lo deja yermo –quien en Walsh lo

cuidaba- es aquí una analogía de la libertad humana y un llamado a ejercer una práctica concreta de la misma a través de la voluntad, aun cuando se trate de alcanzar absurdos objetivos. En efecto, hay una justificación para decidir quedarse enraizado en un lugar, o cambiar el jardín –el cuerpo- de lugar. Más allá de los motivos que mueven a Yago –pues agitado por el odio hacia el moro, incita a Rodrigo a conseguir un amor prohibido: Desdémona-, Shakespeare reflexiona sobre el poder y la autoridad humana para cambiar una situación del presente. Lo que podría ser un intento por contradecir el destino haciendo uso del libre albedrío, un eterno dilema existencial que cobra sentido social cuando la cualidad de las causas que mueven la acción voluntaria del hombre revela la injusticia y la inequidad.

En el pensamiento trágico, el héroe –el hombre- buscando actuar de forma coherente (¿virtuosa?, como lo pregunta Yago en el siglo XVII), se enfrenta con algo que parece predeterminado e inmutable: el destino; algo de su condición humana que está prescrito por el entorno, un contexto no parcial, sino absoluto y que sale de su propia determinación. Practicando su voluntad, muchas veces desmesurada y de manera consciente o inconsciente, arriesga todo, poniendo en peligro su propio bienestar y el de aquellos que representa. Si en el mundo clásico aparentemente no podemos escapar del oráculo, de las leyes divinas, del linaje o aún de las leyes de la ciudad, pues en sí mismas parecen inexpugnables, cabe preguntarnos en el presente sobre aquello de lo que aparentemente no podemos escapar. ¿Cómo escapar de una enfermedad crónica?, por ejemplo, o, ¿cómo escapar de situaciones de violencia y pobreza extremas, marginalidad e inequidad? En ambos casos, el ser humano se evidencia frágil ante un orden del que, figuradamente, no puede huir.

Tomemos una pausa y reflexionemos sobre el segundo interrogante y su relación con la migración forzada. Es forzada porque no hay elección, quienes huyen de una muerte violenta o una lenta a causa del hambre y falta de oportunidades, retan la muerte buscando sobrevivir en su intento, entonces, parecieran erigirse como seres épicos, aparentemente capaces de enfrentar todo tipo de adversidad geográfica, social y personal.

EL DARIÉN

*El viaje implica un riesgo.
Un riesgo también compartido con quien
lo hizo posible.*

Una intuición, un deseo, una decisión.

Para escribir sobre los migrantes quise conocer la selva, adentrarme en su olor, su temperatura, su belleza, su exuberancia, su peligro y su terror. Quise conocer la experiencia de tantos miles que la recorrieron: hombres, mujeres, niñas y niños, solos o acompañados. En los últimos años, menos ermitaños y más amparados por alguien que sigue o comparte su propio abandono: abuelos, padres, madres, hermanos, infantes, algunos de ellos hijos. Huérfanos de su tierra -de su país y algunas veces de sus propias familias-, arrancan las débiles raíces que los sostienen en el presente y emprenden un viaje clandestino hacia lo que los formales datos, auguran como desgracia. Retan las circunstancias, en una apología a la muerte que se confunde con la esperanza de una nueva vida.

En Colombia, las noticias nacionales traían el eco del miedo¹. ¿En verdad resultaba necesario tomar un riesgo de esta magnitud? En el país sabíamos que ir al Darién era ya un acto temerario, pero ir en el preciso momento en que EEUU y el propio gobierno nacional presionan a las bandas ilegales que controlan el territorio, eso, además de imprudente era desmedido.

Por una casualidad de esas que surgen cuando frente al escaparate de una librería se tantea la eventualidad de sostener un diálogo con un nuevo autor, tuve el contacto de un fotógrafo que había hecho la travesía del Darién para capturar los rostros de la migración. Su consejo fue claro: “no puedes salir de Colombia, te devuelves antes de llegar a Banderas y tienes que contactar un fixer.” Luego de una conversación, tuve la confirmación del fixer quien nos esperaba el lunes siguiente.

Yo no iba sola, gracias a una extraordinaria mujer resuelta e incondicional emprendí este camino acompañada, y la ruta, aunque decidida a último

momento, fue imaginada con breve anticipación: 1 hora en avión, Bogotá-Medellín. 8 horas en bus, Medellín- Necoclí. 2 horas en lancha, Necoclí-Acandí. Pactamos también disyuntivas claras que nos resguardaban: comprar solo tiquetes de ida para regresar apenas fuese necesario, llevar un equipaje ligero, y en Acandí (Chocó) -punto neurálgico para adentrarse en la selva-, íbamos a estar alojadas en casa de su familia, que durante algunos días fue como la mía propia.

Viajábamos a lo que se conoce como el golfo de Urabá, toda la fuerza del mar caribe que entra y separa dos departamentos colombianos: Antioquía y Chocó. Paisajes vibrantes, aguas cristalinas, manglares, humedales, una variedad incontable de especies naturales y animales, gran diversidad cultural, ciénagas, volcanes, toda la humedad y el calor del clima tropical, muchos ríos, selva y mar; todo un paraíso natural, dominado por la presencia y el orden que imponen grupos paramilitares.

Sin tiquetes de regreso, llegamos a Medellín (Antioquía) un sábado 22 de junio en horas de la noche. Apresuradamente y en medio de la lluvia, un carro nos llevó del aeropuerto al terminal de buses donde obtuvimos dos pasajes para Necoclí (Antioquía). El bus salió del terminal en el horario previsto. En el trayecto se detuvo para recoger a quienes talvez -de manera tan clandestina como la imprevista parada- pagaban un precio más económico: cuatro migrantes. Allí, en medio de la lluvia y la oscuridad los vimos a los ojos por primera vez.

Necoclí – Antioquia

A las 6 de la mañana del domingo, descendimos a Necoclí, un pequeño pueblo colorido al lado del mar al que el sol desvanece, a su propio ritmo, los vivaces tonos con los que sus habitantes pintan las casas. A esa hora, en medio de un fresca brisa cálida y tropical, algunos lugareños empezaban a despertar y muchos de los migrantes que dormían en carpas improvisadas, bajo cualquier sombra en las distintas calles, ya estaban recogiendo su equi-

paje para continuar el día: un morral, una carpa, un pequeño fogón, un botellón de agua de 5 litros y, por supuesto, pastillas purificadoras. También

estaban los varados en la zona, sin equipaje, carpas, ni grandes esperanzas durmiendo bajo cualquier sombra a orillas del mar.



Foto 1. Migrante varado al lado del Puerto de Necoclí.

A medida que avanzábamos por las calles del pueblo, el número de migrantes aumentaba, solo aquellos que habían logrado reunir el dinero para pagar el costo exigido para llegar a Acandí o a Capurganá, iban al muelle. Nosotras también íbamos al muelle, con la incertidumbre de poder embarcar, pues la noche anterior habíamos recibido un mensaje que anunciaba una posible restricción marítima para naves menores, y como es bien sabido en la zona, no todos los días el mar se deja navegar. Al llegar al puerto era evidente que la predicción había perdido fuerza, la cantidad de personas que allí concurría a esa hora de la mañana era importante, todas ellas claramente identificables: nativos, turistas o migrantes. La gran mayoría, migrantes.

Con los tiquetes de la embarcación en mano, solo nos quedaba esperar. La espera era silenciosa, la observación aunque disimulada – como corresponde en el contexto – era detallada: muchos niños recorrían el lugar, algunos de ellos veían por primera vez el mar; familias de migrantes listas para cruzar el caribe colombiano; rostros de agotamiento, perplejidad y desespe-

ranza, otros de osadía y optimismo; traficantes de personas que negociaban con los migrantes el costo del trayecto, daban indicaciones, iban y venían de un lado al otro con nuevos grupos; gente del lugar que iniciaba un día laboral en un pueblo donde la migración y el turismo son la fuente fundamental de la economía; algunos turistas del país y otros pocos extranjeros. Todos, resguardados del sol, que minuto a minuto eleva la temperatura, aguardábamos el llamado de nuestra embarcación.

Muchas bolsas plásticas y negras de gran tamaño empezaban a circular. Antes de ser ingresada en la bodega, cada maleta debía ir metida en una bolsa negra, marcada con un número y un papel que le entregaban a su dueño para ser reclamada en su lugar de descenso. Sobre las 8 a.m., empezaron a salir embarcaciones: algunas solo llevaban migrantes, otras solo turistas, y estaban las que los llevan juntos. Por lo general los turistas iban a Capurganá (Chocó), por tanto, la que les correspondió a ellas fusionaba nativos, turistas y migrantes. Los turistas descendieron en la primera parada: Bahía Triganá, allí el cambio de paisaje era abrupto, el Chocó vis-

1 · Titulares del periódico el Tiempo. Junio 11 de 2024: Estados Unidos ofrece millonaria recompensa por miembros del Clan del Golfo implicados en tráfico de migrantes en el Darién. Junio 12 de 2024: Toda la fuerza del gobierno de Estados Unidos viene por ustedes: Departamento de justicia a mafias de tráfico de migrantes por el Darién. Junio 13 de 2024: ¿Quiénes son los capos del “clan del Golfo” vinculados con el tráfico de migrantes a través del Darién?

lumbraba toda la belleza y exuberancia de su selva junto a un mar de agua cristalina. Quienes recibieron a los turistas, no dejaron de saludar con palabras de aliento a los migrantes que emprendían con desasosiego, su camino al Darién.

Acandí - Chocó

Prontamente los tonos verdes y azules que dejábamos en Triganá, fueron tornándose más oscuros, disminuía el oleaje y el agua se volvía más turbia y densa, allí el mar se encontraba con el río Guatí. Sobre su cauce, en la segunda parada -ya próximos al pueblo de Acandí (Chocó)- solo abandonaron la embarcación los migrantes, los nativos -entre los que nosotras figurábamos al ser acogidas por una familia del lugar- debíamos esperar en un diminuto e improvisado muelle, mejor conocido en la zona como embarcadero. Ellos tenían preguntas y los encargados daban respuestas:

- ¿Dónde están nuestras maletas?
- ¡Se les entregan en el albergue!

Luego de algunas indicaciones inaudibles, los migrantes debían ingresar en fila dentro de un camino cercado por dos vayas de madera laterales que constituían el inicio de la ruta hacia el albergue. El padre de una de las familias de migrantes gritó jocosamente al entrar en el cerco:

- “Está entrando el ganado fino, de fino paso.”

Si bien algo de humor parecía ofrecer un mejor augurio para su propio recorrido, era evidente que el embarcadero donde descendían tenía múltiples usos, actuaba en otros tiempos o en otros horarios, como muelle rústico para desembarcar el ganado. Las mujeres, hombres, niños y niñas migrantes empezaban, en ese instante, su ingreso a la selva: un territorio húmedo, lluvioso, majestuoso y desbordante.

Abordamos la embarcación una vez más, esperando la próxima parada. Mientras avanzamos por el río, los migrantes lo bordeaban caminando, uno tras otro, tal como se los habían indicado. Ellos iban al albergue, nosotras al pueblo de Acandí. Descendimos en el embarcadero de los

nativos y por fin llegamos a casa de la familia que nos acogía. Acoger para muchas familias colombianas, resulta casi una analogía del hospedaje en el mundo antiguo. Acoger es recibir con regocijo, con generosidad, con dedicación, con la promesa silenciosa de cuidar esmeradamente del huésped mientras permanece en casa.

El pueblo era pequeño, allí todo era sencillo, cotidiano, autóctono, parecía estar al margen de los cientos de personas que día a día desembarcaban del otro lado del río Guatí. En su calles, nunca nos cruzamos con ningún migrante, todo estaba aparentemente organizado y solo escuchábamos que ellos estaban arriba en el albergue. Escuchábamos también que muchos de sus habitantes trabajaban en el albergue o en Las Tecas, que era el segundo campamento; otros esperaban su turno para emplearse acompañando a los migrantes durante el ascenso a la frontera. Esto resumía el elevado crecimiento de la economía local que vino en ascenso después de la pandemia y coincidía con el aumento de las caravanas de migrantes que, en su camino hacia el norte, buscaban atravesar el Darién.

El albergue o el campamento #1, era un espacio de mediano tamaño, una suerte de claro abierto en medio del paisaje selvático, bien delimitado y resguardado. Adentro, la tierra amarilla tapizaba el suelo; algunas palmeras y árboles de gran tamaño procuraban sombra para resguardarse del intenso sol que acompaña los días; kioscos y grandes estructuras bien entejadas servían de refugio para instalar las carpas; tiendas donde comprar lo necesario; y un pequeño lugar que hacía de enfermería, ofrecía una mínima atención médica y también psicológica para quienes, se presumía, solo iban estar de paso por un día o una noche. Quienes tienen el dinero suficiente pasan algunas horas allí por asuntos de registro, otros -dependiendo la hora de su llegada- duermen allí una noche, otros esperan varios días las remesas suficientes para poder pagar el precio que aún deben y continuar el viaje.

Acandí – Las Tecas

El lunes fue un día de planificación y el martes 25 emprendimos el camino hacia Las Tecas. Siguiendo las recomendaciones dadas, planeaba hacer

algunas entrevistas, pasar allí una noche y, al día siguiente, avanzar con los migrantes solo durante un breve fragmento del camino de ascenso a la frontera. Ese fue el permiso que obtuvimos.

Llegamos a las Tecas en horas de la mañana. Bajo el sol ardiente y la humedad típica de la zona, el trayecto se hacía en moto, estaba bien delimitado y durante gran parte del camino se bordeaba un pequeño río, no tan caudaloso como el río Guatí. Lo que años atrás comprometía muchas horas y hasta días de recorrido o el pago de una carreta impulsada por caballos, ahora los migrantes lo realizaban subidos en el platón de pequeños camiones y en menor tiempo; por supuesto el costo del servicio había aumentado significativamente.

“Mi esposo tiene dos años en Estados Unidos. (...) hace dos años nos separamos en Bogotá, él agarró para acá y yo para Venezuela. Ha pasado de todo. Él ya hizo este cruce, pero él se fue por carretas. Estaba distinto. Estaba más económico, pero no estaban los caminos hechos. No había esta organización.” (Andrea, migrante venezolana, junio de 2024)

El segundo campamento, mucho más grande que el primero, tenía la capacidad para albergar más de 1000 personas y semejava un pequeño caserío de esos que se encuentran al borde de la carretera,

ra, cerca de un río que sirve como balneario natural. Antes de ingresar había una zona de registro y revisión minuciosa de equipajes para los migrantes pues les estaba prohibido ingresar objetos cortopunzantes y licor. A uno de los migrantes, quien decía ser mecánico y cargaba consigo su caja de herramientas, le fue confiscada la caja completa.

Luego de ingresar, se abría una gran explanada compuesta por grandes estructuras techadas bajo las que se instalaban las carpas; entre estas, se ubicaban los baños colectivos. A la izquierda, una zona dedicada exclusivamente a las familias que iban con niños de brazos, más cercana a la enfermería: una casa pequeña construida en madera. En lo alto de una montaña bajaba, se asentaba una construcción amplia de madera donde dormían quienes vigilaban el campamento y al lado, los médicos voluntarios que pasaban algunas temporadas en el lugar. Al fondo del campamento un camino conducía al río, a cada lado del camino, pequeñas casas improvisadas que se usaban como tiendas y restaurantes, allí se vendía todo tipo de mercancía necesaria para la noche y para el camino: reverberos, carpas, candados, linternas, prendas protectoras para el sol, botas para la selva, pilas, alimentos, agua, servicio de carga eléctrica, red para internet, etc., todo tenía un costo, que por lo general era cobrado en dólares.



Foto 2 y 3. Campamento las Tecas-día. Campamento las Tecas-noche.

Desde el campamento se observaba la selva tupida, cálida y húmeda del Darién a la que llaman el tapón, una suerte de corcho natural que en el medio de un continente detiene el paso entre el sur y el norte de América. Franquearla es un reto para la vida humana: terreno inestable, criaturas salvajes, falta de agua potable, enfermedades tropicales, recónditas comunidades indígenas y grupos al margen de la ley. Para quienes no tienen dinero ni permiso legal para realizar un tránsito migratorio

por carreteras, vías marítimas o aéreas, esta es la única opción: cruzarla o morir en el intento.

Cuando llegamos, en horas de la mañana, apenas estaban instaladas 6 o 7 carpas de familias o grupos de migrantes, al caer la noche, cerca de mil migrantes se aglomeraban en el campamento. Quienes ingresaban a lo largo del día, elegían el lugar donde instalar su carpa, organizaban sus cosas e iban al río a descansar y pactar, entre ellos, los últimos acuerdos antes de iniciar el ascenso.



Foto 4. Migrantes en el río del campamento Las Tecas.

Una tensa pausa confundía su alegría por haber llegado a este punto del camino, con el temor que implicaba empezar la travesía del Darién en la próxima madrugada. Todos sabían cuándo comenzaban, pero no cuándo la iban a concluir, eso quedaba al azar repitiendo, en voz alta y en silencio, que tendrían la fuerza necesaria para llegar al otro lado.

“Como se han dicho tantas cosas en las redes sociales, o sea, mucho terror, porque todos no vivimos lo mismo: que si los indios, que si no llevas dinero, que después de las banderas en Panamá te van a esto, (...) y uno pues, uno se encomienda solamente a Dios, porque en realidad dicen que aquí nadie espera a nadie.” (Mayrena, migrante colombiana, 25 de junio de 2024)

El pago realizado a los traficantes de personas, aseguraba llegar a salvo hasta el punto fronterizo conocido como Banderas, en adelante, empieza Panamá y allí cada migrante debía ir bajo su propia suerte. Arribar a Banderas implica un trayecto largo, según información del lugar, siete puntos de descanso se encontraban en el camino. Quienes tenían muy buen estado físico podían

llegar a concluirlo en algo más que un día, pero eran invisibles los deportistas que viajaban solos. La gran mayoría transitaba con niños, grandes maletas y botellones de agua para el camino.

“...pero dado el tiempo y las cosas que están pasando entonces decidimos salir hoy. Máximo, nosotros tendríamos que estar saliendo el viernes o el jueves de la selva, de esta semana. (...) todo va a salir bien, pues, en nombre de Dios. Y siempre hacia adelante, hacia adelante. No mirar atrás pega (...), porque pega, pero hay que seguir, hay que seguir, no nos podemos quedar atrás porque entonces es peor.” (Ana Gabriela, migrante venezolana, 25 de junio de 2024)

Ella también había llegado a las Tecas el martes, viajaba con sus dos hijos pequeños y otra familia amiga y, en sus cálculos inseguros, planeaban llegar a Banderas en dos días, por supuesto hay quienes tardan mucho más. La gran mayoría de migrantes que allí se reunían eran venezolanos, entre los identificables también habían peruanos, colombianos, ecuatorianos, haitianos y africanos. Una gran súplica compartida por todos:

“que no llueva en la noche”, pues de llover, el tapón que les esperaba al día siguiente iba a ser más peligroso y difícil de franquear. Los truenos en la montaña surgieron deslumbrantes poco después de pasadas las 8 de la noche. Luego vino la lluvia y a las 10:00p.m., los encargados del lugar, quitaron la luz en todo el campamento. La gente sabía que debía dormir y despertar a las 5 de la mañana, ninguno se podía quedar.

El miércoles 26 de junio, antes de las 6 de la mañana, ya estaban todas las personas migrantes

listas para avanzar. Muchas querían estar en primera fila para empezar el camino y entonces madrugaron más. Vinieron algunas oraciones y otras indicaciones hechas por megáfono: se les habló de las paradas para descansar; de las 3 primeras horas en las que la travesía se debía hacerse por el río (río muerto le llamaban los lugareños) antes de empezar el ascenso por la montaña; y les presentaron también a los guías y mochileros que les acompañarían para no desviarse del sendero. Los mochileros cargaban maletas y personas, por supuesto, el costo era adicional.



Foto 5. Grupo de migrantes preparados para iniciar el ascenso a la selva.

Una vez terminaron las indicaciones, les abrieron el paso quitando el seguro de una cerca bien vigilada. Cientos de personas se agolpaban para atravesarla, era evidente su alegría, expectación, fuerza y voluntad, siempre tensada por el terror

que prometía el camino. En medio de grandes vítores de ánimo, un río de migrantes sumergió sus pies en el agua para avanzar, mojados sus zapatos ya no había vuelta atrás.



Foto 6. Cruce del río muerto al inicio del camino.

Acompañamos su recorrido durante 3 horas y media, en ese segmento atravesamos de un lado al otro más de 20 veces el río. Los guías y mochileros custodiaban a la multitud, mientras ayudaban



Fotos 7 y 8. Migrantes en su recorrido por el Darién.

Al adentrarse cada vez más en la selva, el terreno se hacía inestable, vinieron caídas, desmayos, cansancio y algunas pocas personas que se detenían para ayudar. “Mamá, ¿pero en este país nos vamos a quedar para siempre?”, “...si nos vamos por el río las rocas nos hacen caer”, decían algunos niños. Pasadas dos horas surgía ya el agotamiento colectivo, entonces se hacían más fuertes los sonidos de la naturaleza y dejaban de oírse las conversaciones y voces de ánimo que las personas se daban al principio.

Cuando las piernas empezaban a temblar, los cuerpos permanecían de pie en una suerte de inercia o naturaleza vertical, había quienes elegían sentarse un rato en las rocas y reposar, todos suspendidos por instantes en su propia reflexión, una suerte de conge-

y animaban a las personas y ofrecían sus servicios. Con el paso del tiempo algunos empezaban a quedarse, otros esperaban volver a encontrar su grupo familiar antes de continuar el recorrido.



lamiento que detiene la respiración mientras en silencio se siente el agotamiento del presente y se imagina el fracaso en un próximo paraje desconocido. De pronto, una bocanada de aire entraba de nuevo a los cuerpos, reaccionaban y volvían a continuar.

En los descansaderos, se veían al lado del camino algunas mesas irregulares hechas en madera, tan rústicas como las cabañas de los pequeños caseríos que las contenían. Quienes las atendían esparcían moscas para evitar que se posaran sobre los alimentos que vendían. Pocas personas compraban, el camino que quedaba era largo y el dinero debía ahorrarse para las situaciones límite, sin embargo, reposar unos minutos y conversar, les brindaba el ímpetu requerido para continuar.



Foto 9. Migrantes en ascenso lodoso por la montaña.

“Estoy inmigrando por las situaciones que acontecen en nuestro país. Mucha delincuencia, también la economía muy baja, también como somos indígenas somos discriminados en el país, en la ciudad.” (Myriam, migrante peruana, junio 25 de 2024)

“Dejo atrás la indiferencia de mi propio país” (Mayrena.)

“Mi casa, mi hogar, mi madre, mis hermanas, mi papá. (...) ya uno después que sale de esa cáscara, de su casa, ya uno tiene como que florecer y afrontar las cosas como mejor vengan.” (Ana Gabriela.)

Nos despedimos de algunas de las personas migrantes entrevistadas en el descansadero llamado Caracolí, hasta donde se nos permitía llegar, allí donde se deja de atravesar el río y el ascenso continúa en medio de la montaña.

Un día después, las noticias de Acandí mostraban videos de la cerca metálica puesta por el gobierno panameño en la frontera, con el fin de evitar el paso de los migrantes. En la semana si-

guiente, las noticias de Acandí ya eran del orden nacional.² Tal vez si este grupo de migrantes no hubiese hecho el recorrido el día que lo decidieron, probablemente otro hubiese sido el desenlace; y si yo no hubiese escuchado los elementos azarosos que se articularon una semana atrás para visitar el Darién, otra sería la historia.

No todos los migrantes que pasaron por las Tecas llegaron al norte. Algunos murieron en la selva, otros fueron quedándose varados a lo largo del camino en países de centro américa, otros -apenas iniciado el 2025- transitaron la misma selva en un camino de retorno, y quienes llegaron, ahora viven con miedo de ser deportados con violencia. Quiero creer que algunas de las familias de la mujeres que entrevisté podrán empezar una nueva vida y cultivar su propio jardín en el país que así lo decidieron, de este modo algo de lo experimentado con ellas, habría tenido un sentido compartido. Mi esperanza no es infundada, algunas de ellas -en medio de un panorama político adverso- siguen intentándolo luego de un largo recorrido que les concedió un permiso de residencia provisional en EEUU.

EPÍLOGO

Retomemos el segundo interrogante situado al final del prólogo y volvamos a pensar en la migración forzada. Evadiendo toda generalización, podría intuirse que sus causas provocan los grandes ríos migratorios de quienes abandonan su país buscando un futuro del otro lado. Entonces retornaríamos al epígrafe de este escrito cuestionando: ¿cuándo es cierto irse y cuándo quedarse es una mentira? Quizá cuando el presente solo trae consigo esterilidad, decepción y la imposibilidad de imaginar un futuro aún inmediato, entonces habría que jugarse la vida, buscar otra tierra y desplazar el jardín. Cuando todo de va de mal en peor, permanecer enraizado en la tierra natal puede ser un llamado a la muerte y muchos migrantes forzados repiten este no puede ser el mundo para mis hijos, para mi familia. Ejerciendo su propia voluntad buscan salvar la vida (lo que entraña un enfrentamiento con el destino o por lo menos con el contexto y el azar), aun

cuando paradójicamente, dicha salvación traiga riesgos inexpugnables: desafiar la selva, atravesar un desierto o cruzar el mar.

“La vida era así, una lotería (...) Mi decisión fue tirarme al mar, la de dios sacarme en la costa. (Khaled, refugiado sirio. 6 de mayo de 2025.)

Así como muchos de los testimonios recogidos en el Darién, la afirmación de Khaled quien, en medio de la guerra, con su esposa y su hija, cruza el mediterráneo en 2014 para salvar sus vidas o morir en el intento, evidencian un claro reto al destino. Por supuesto, no todos los sirios llegaron a la costa, ni todos los que pasaron por el Darién lograron sobrevivir a la selva. Los migrantes también sueñan un país florecido donde permanecer, un país que no es el propio y probablemente tampoco el otro, pero el otro, guarda consigo el sentido del tránsito hacia la esperanza.